

Entrevista con Vittorio Scelzo, responsable de la Pastoral de las Personas Mayores del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida.



La vejez no es una carga que deba gestionarse, sino un don que debe preservarse.

«No basta con organizar servicios religiosos; hay que construir relaciones», explica. Así, «la certeza de no ser olvidado por Dios» se traduce en «la experiencia diaria de no ser olvidado por la parroquia y la familia». De esta forma, Vittorio Scelzo, funcionario del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, responsable de la pastoral de las personas mayores, comparte su valoración con los medios vaticanos seis años después de la creación de la Jornada Mundial de las Personas Mayores, que este año se celebra el domingo 26 de julio, fiesta de los santos Joaquín y Ana, padres de la Santísima Virgen María, es decir, «los abuelos de Jesús».

La Jornada Mundial de los Abuelos y las Personas Mayores cumple su sexto año. ¿Qué conclusiones se pueden extraer de los avances logrados hasta ahora?

En los últimos años, este Día se ha convertido en un acontecimiento esencial en la vida de la Iglesia. Creado en respuesta al aislamiento impuesto por la pandemia de Covid-19, ha dado una dimensión más amplia a la reflexión sobre la vejez. El objetivo nunca se ha limitado a la celebración de un día concreto, sino que ha buscado desarrollar una auténtica pastoral para las personas mayores, capaz de ir más allá de una concepción de la vejez reducida a la mera asistencia: la persona mayor, ya no es simplemente receptora de servicios caritativos, sino que se convierte en participante activa de la pastoral. Las personas mayores constituyen una parte importante del Pueblo de Dios, y es necesario ofrecerles la atención pastoral que merecen. El reto a largo plazo es transformar esta conciencia en práctica cotidiana, integrándola en los programas de formación de las comunidades eclesiales.

El tema elegido por León XIV, «Nunca te olvidaré» (Isaías 49:15), recuerda la cercanía de Dios y el compromiso de la comunidad con las personas mayores, especialmente con las más aisladas. ¿Qué perspectivas concretas abre este mensaje?

Las palabras de Isaías abren perspectivas muy interesantes. En primer lugar, llama a superar lo que el Papa Francisco llamó la “cultura del rechazo”, invitando a las comunidades a salir al encuentro de los ancianos. En una época donde el valor de una persona se mide por su eficiencia, quienes pierden fuerza o memoria corren el riesgo de sentirse olvidados. León XIV añade que “el amor de Dios, que no olvida a nadie, es la respuesta al anonimato en el que la vida humana finalmente se desvanece”. Este mensaje nos recuerda que la misión de la Iglesia es hacer visible y tangible este divino “no olvidar”, haciéndose eco de la encíclica Magnifica Humanitas. No basta con afirmar la dignidad de los ancianos con palabras; debemos salir a su encuentro, acercarnos a ellos mediante una visita, mediante un abrazo. En términos concretos, el Papa nos pide que visitemos a los ancianos. Esta invitación adquiere particular importancia en esta época del año, marcada por el calor del verano y por una soledad a menudo más aguda que en otras épocas del año. Esto puede parecer, y de hecho lo es, como un llamado a la atención social; Pero la experiencia nos enseña que esta cercanía solo dejará de ser un gesto aislado cuando las personas mayores se sitúen verdaderamente en el centro de la vida de la Iglesia, y entonces todos comprenderán lo valiosa que es su presencia: no una carga que gestionar, sino un don que preservar. En la práctica, esto significa que la comunidad debe abordar la soledad, la verdadera pobreza de las personas mayores. No basta con organizar servicios; debemos construir relaciones. Como reiteramos en el dicasterio, el reto consiste en pasar de la asistencia a la existencia a través de proyectos de vida en los que la persona mayor se sienta parte integral de una comunidad. La certeza de no ser olvidada por Dios debe reflejarse en la experiencia diaria de no ser olvidada por su parroquia y su familia.

En los últimos años, usted ha recopilado experiencias significativas de diócesis y parroquias. ¿Existen buenas prácticas o iniciativas particularmente exitosas que demuestren una creciente sensibilidad hacia las personas mayores?

Sí, el seguimiento continuo del dicasterio revela una vibrante creatividad pastoral, con respuestas que varían según los contextos geográficos. En muchas diócesis latinoamericanas, la celebración se entrelaza con la devoción a Santa Ana. En Venezuela, la pastoral de los ancianos está particularmente comprometida con asegurar que el mensaje "Nunca te olvidaré" llegue a todas las personas mayores afectadas por el terremoto. En Asia y África también abundan las iniciativas. Algunas utilizan este Día para situar a las personas mayores en el centro de la vida de la Iglesia: la Diócesis de Kampala, en Uganda, es probablemente la que ofrece las actividades más numerosas y extensas. En la India, por otro lado, son los jóvenes quienes, a lo largo de los años, han lanzado campañas en redes sociales para promover este Día. Una práctica que se está extendiendo por todas partes, y que hemos apoyado de todo corazón, es la visita a las personas mayores que viven solas. Muchas parroquias han organizado rondas regulares de cuidado para hacerles compañía. En Europa, vemos proyectos de «alianza intergeneracional», donde jóvenes y mayores comparten momentos de oración o descanso, superando así una brecha generacional que, en última instancia, empobrece a ambos grupos. Cuando la persona mayor recupera su lugar en el corazón de la comunidad, toda la comunidad se beneficia.

El Papa nos invita a hacer de la cercanía a las personas mayores una forma de vida cotidiana dentro de la Iglesia, no limitada a un solo día. ¿Cuáles son los principales retos que debemos superar hoy para que esto sea una realidad?

Ante todo, requiere un cambio de mentalidad, por parte de la sociedad, pero también de las propias personas mayores. No podemos aceptar vivir, ni permitir que otros vivan, veinte o treinta años sin motivación ni propósito. La vejez es una etapa de la vida que debe encontrar su propia espiritualidad, no un tiempo vacío que deba llenarse o gestionarse mientras se espera el final. Tampoco podemos fingir que no existe y seguir viviendo como si el tiempo se hubiera detenido. El propio León XIV, dirigiéndose directamente a las personas mayores en su mensaje, las animó con una clara exhortación: «¡No teman a la fragilidad!». Explicando que esta debilidad, si se acepta, abre el corazón a la oración y se convierte en una vocación en sí misma. La misión que el Papa confía específicamente a los ancianos es un signo concreto de ello: unirse a él en la oración constante para que la paz llegue pronto al mundo. Una vocación, no un retiro espiritual.

Para acompañar este Día, se han preparado recursos pastorales, la oración oficial y otros materiales. ¿A quiénes van dirigidos estos recursos y cómo pueden ayudar a las comunidades a vivir este evento de manera concreta?

Los materiales proporcionados —el llamado «kit pastoral», disponible en el sitio web del dicasterio— son herramientas diseñadas para facilitar el trabajo de las comunidades eclesiales. La sugerencia es intencionalmente sencilla: celebrar la Misa con los ancianos, si es posible en la catedral, y visitar a las personas mayores que viven solas en su comunidad. Estas son sugerencias muy concretas: en consonancia con el tema de este año, se nos pide que no olvidemos a nadie y, por lo tanto, que visitemos también a las personas mayores que están postradas en cama o que no pueden participar en actividades comunitarias. Para ellos también, este día es un llamado a la renovación y a tomar en serio la petición de León XIV de interceder por la paz.

Lorena Leonardi – Ciudad del Vaticano

Fuente: Vatican News

©mcr-agosto de 2026